

EL GRILLO DEL HOGAR



PRIMER GRITO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1970. 1625 MONTERREY, N.L.

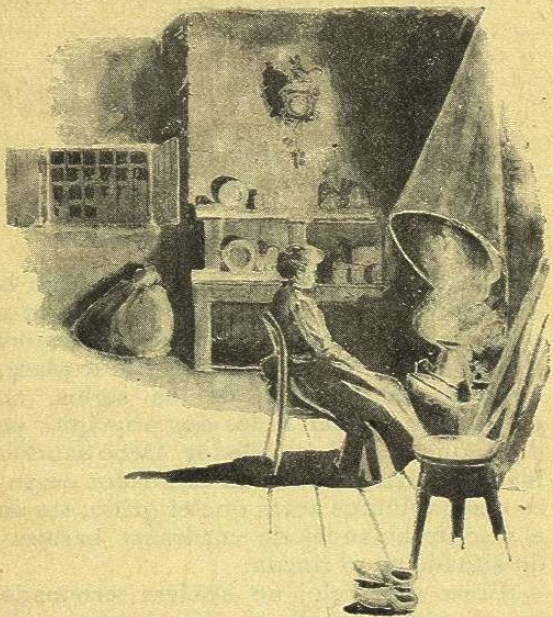


I

EMPEZÓ el escalfador. Me consta que la señora Peerybingle dice lo contrario, pero me es indiferente. Aunque la señora Peerybingle jure y perjure, si ello le place, hasta la consumación de los siglos, no podrá afirmar cuál de los dos principió: yo digo que fué el escalfador. Debo saberlo bien, indudablemente. El escalfador empezó cinco minutos antes que el grillo, según el relojito holandés de cuadrante barnizado situado en el rincón.

¡Como si el reloj no hubiese terminado su útil sonido, como si el segadorcito de movimientos convulsivos y bruscos que lo remata, paseando la hoz de derecha á izquierda y luego de izquierda á derecha ante de la fachada de su palacio morisco, no hubiese segado medio acre de césped imaginario antes que el grillo hubiese hecho notar su presenciam!

A decir verdad, no fui nunca terco, como todo el mundo sabe. Por nada del mundo opondría mi opinión personal á la opinión de la señora Peerybingle, si no estuviese perfectamente seguro de lo ocurrido. Soy incapaz de semejante felonía. Pero se trata



de una cuestión de hecho, y el hecho es que el escalfador empezó por lo menos cinco minutos antes que el grillo hubiese dado señal de vida. Si insistís, apostaré que transcurrieron diez minutos.

Dejadme contar el caso exactamente tal cómo ocurrió. Es lo que hubiera hecho

desde la primera frase á no considerar que si cuento una historia debo empezar por el principio, y ¿cómo queréis que empiece por el principio si no empiezo por la vasija?

Parecía que la vasija y el grillo luchasen. Una lucha musical, únicamente musical. Vais á saber su origen y sus consecuencias.

La señora Peerybingle había salido al obscurecer de una tarde húmeda y fría, haciendo sonar sus chanclos sobre el empedrado lleno de lodo; por cierto que sus pisadas reproducían groseramente alrededor de todo el patio una porción de figuras circulares de la primera proposición de Euclides. La señora Peerybingle había ido á la fuente á llenar el escalfador. De vuelta ya, y quitados los chanclos, que no era poco,—por ser los chanclos muy altos y la señora Peerybingle muy pequeña,—puso el escalfador al fuego. Entonces perdió su sangre fría ó por lo menos olvidó la paciencia que la caracterizaba; porque estando el agua fría como el hielo y hallándose en forma de granizo líquido y escurridizo que se infiltra hasta lo más escondido de toda substancia, incluso los círculos de hierro que sostienen los chanclos, no había respetado los dedos del pie de la señora Peerybingle, llegando á salpicar sus piernas. Y como precisamente, cuando estamos algo orgullosos de nuestras piernas y con razón, procuramos con empeño usar medias aseadas, claro está que en principio hallaríamos algo durilla semejante prueba.

Además, el escalfador mostraba una obstinación muy propia para impacientarla.

No quería dejarse acomodar sobre la barra superior de la rejilla; no quería prestarse tranquilamente á las desigualdades del carbón, se inclinaba hacia adelante con modales de borracho y vertía entretanto el agua sobre el hogar, con insufrible sandez. Hay más: la cobertera, resistiendo á los dedos de la señora Peerybingle, empezó por girar de arriba abajo, y luego con ingeniosa testarudez, digna de mejor causa, se hundió de lado hasta el fondo del escalfador. El cascarón del *Royal-George* no hizo para salir del agua la mitad de la resistencia monstruosa que la tapadera opuso á los esfuerzos de la señora Peerybingle, antes que ésta pudiese retirarla y colocarla de nuevo en su sitio.

Y aun entonces el desgraciado escalfador se mostró huraño y gruñón, poniendo el asa en aire de desafío, y levantando el pico con burlona impertinencia hacia la señora Peerybingle, como si la dijese: —No quiero hervir. Nadie me forzará á hervir.—

Pero la señora Peerybingle, cuyo buen humor había vuelto, se frotó las manos regordetas para sacudir el polvo, y se sentó riendo ante el escalfador. No obstante, la alegre llama se elevaba y caía sucesivamente, derramando espléndida claridad sobre el segadorcito colocado en lo alto del reloj holandés, de modo que parecía que estuviese pegado allí, inmóvil como un tronco ante el palacio morisco, y que sólo la llama estuviese en movimiento.

Y á pesar de todo, el hombrecito se movía; sufría sus espasmos acostumbrados,

dos por segundo, siempre con la misma regularidad. Pero hay que notar con preferencia que era verdaderamente terrible observar los padecimientos de que era víctima apenas iba á sonar el reloj. Cuando el cucillo sacaba la cabeza fuera de la abertura del castillo, y cantaba su nota seis veces, cada uno de aquellos gritos le trastornaba como si fuese la voz de un fantasma ó como si le tirasen de un alambre atado á sus piernas.

Sólo después de una violenta sacudida y cuando el alboroto de las cuerdas y las pesas colocadas debajo de él habían cesado enteramente, el pobre segador, lleno de espanto, iba calmándose poco á poco. Y no temblaba sin razón, porque los estrepitosos esqueletos de relojes, con sus algarazas inquietantes, llegan á desconcertar á una persona mayor en el curso de sus operaciones, y me extraña mucho que hayan existido hombres, pero sobre todo holandeses, que se hayan complacido en inventarlos. En efecto, según una creencia popular, á los holandeses les gustan las vastas envolturas y los amplios vestidos para cubrirse de arriba abajo, de modo que hubieran obrado muy bien, por analogía, no dejando sus relojes desnudos y sin protección en las regiones inferiores de su individualidad.

Ahora bien, en aquel momento, notadlo bien, fué cuando el escalfador empezó el concierto de la velada. En aquel momento el escalfador, volviéndose tierno y musical, empezó á escuchar en su garganta murmu-

llos irresistibles y á permitirse breves ronquidos, que detenía en la primera nota, como si no estuviese seguro de que enlazasen bien con los murmullos. En aquel momento, después de haber realizado dos ó tres vanas tentativas para ahogar sus sentimientos expansivos, sacudió todo mal humor, toda reserva, y dejó escapar de pronto un torrente de notas tan alegres, tan gozosas, que el ruiseñor estúpido nunca tuvo de ellas la menor idea. ¡Y tan sencillas! Habríaís podido, gracias á Dios, comprender aquel canto como un libro, mejor quizá que ciertos libros que vosotros y yo podríamos citar. Con su cálido aliento, exhalado en una ligera nube que subía graciosa y coquetona á una altura de algunos pies y luego quedaba suspendida junto al ángulo de la chimenea, como en un cielo doméstico, el escalfador prosiguió su canción con tanto arranque y energía que su cuerpo de hierro zumbaba y se zarandeaba de placer sobre el fuego, y la misma tapadera, la tapadera poco há rebelde (tan potente es la influencia del buen ejemplo), ejecutó una especie de jiga (1) haciendo un ruido semejante al de un címbalo adolescente, sordo y mudo, que nunca conociera el contacto de su mellizo.

Era indudable que el canto del escalfador sería un canto de invitación y de bienvenida dirigido á alguien de fuera, á alguien que se dirigía en aquel momento hacia el sano interior doméstico, hacia el fuego que chis-

(1) Danza antigua, viva y alegre; que aún hoy se conserva en Inglaterra —(N. del T.)

porroteaba. La señora Peerybingle lo sabía perfectamente, mientras su imaginación se entregaba á dulces ensueños delante del hogar.

—La noche es negra—cantaba el escalfador—las hojas muertas cubren el camino, arriba reinan la bruma y las tinieblas; abajo no hay más que miserable lodo; no se halla en la atmósfera, triste y sombría, un solo punto en que pueda descansar la mirada, y apenas se ve un fulgor rojo-oscuro y siniestro en la dirección en que imperan el sol y el viento. No es más que un fuego rojo que aja las nubes para castigarlas por el mal tiempo que causan. El vasto llano en toda su extensión es tan sólo una larga faja negruzca de lúgubre aspecto. El poste indicador está cubierto de escarcha. La lluvia congelada hace resbaladizo el camino; más abajo el agua no se ha convertido del todo en hielo, pero ya no es libre; nada conserva su forma natural; pero él viene, él viene, él viene!—

Aquí, precisamente en este punto, fué cuando el grillo entró en escena con un *crri, crri, crri*, de magnífica potencia á coro con el escalfador; pero con una voz tan asombrosamente desproporcionada á su estatura (¡su estatura! era casi invisible), sobre todo comparándole con el escalfador, que si por desgracia hubiese reventado como un cañón excesivamente repleto, cayendo, víctima de su celo, su cuerpecito roto en mil fragmentos, no hubiera parecido hecho tal más que una consecuencia forzosa, inevitable, de sus esfuerzos sobrenaturales.

El escalfador había terminado el solo. Perseveró con ardor constante, pero el grillo le dominó, y se mantuvo en su supremacía. ¡Dios mío, qué modo de gritar! Su voz trémula, aguda y penetrante á la vez, resonaba en la casa y parecía fulgurar como una estrella en medio de la obscuridad que reinaba en el exterior. Notábase en sus notas más elevadas un indescriptible temblorcillo que permitía creer que arrebatado por la intensidad de su entusiasmo no permanecía en equilibrio sobre sus piernas y se veía obligado á saltar y brincar. No obstante, marchaban muy bien unidos el grillo y el escalfador. El estribillo de la canción era siempre el mismo y gracias á su mutua emulación lo repetían con voz cada vez más fuerte.

La linda oyente (hay que saber que la señora Peerybingle era joven y bonita; tenía algo de lo que suele llamarse regordetilla, aunque esto no sea tacha apreciable, según mi gusto particular), la linda oyente, pues, encendió una bujía, dió un vistazo al segador que remataba el reloj y estaba haciendo una cosecha más que mediocre de minutos, y miró á la otra parte de la ventana; pero la obscuridad no le permitió ver más que su cara reflejada en el vidrio. Verdad es—según mi opinión, y según la vuestra también, lo juraría—que en vano habría buscado la señora Peerybingle por algunas leguas á la redonda algo tan agradable como lo que entonces pudo contemplar. Cuando volvió á sentarse á su sitio, el grillo y el escalfador se esmeraban

todavía en el canto con cierta rivalidad furiosa, siendo indudablemente el lado flaco del escalfador la presunción de vencer constantemente.

Notábase entre los dos toda la animación de una carrera. ¡Crrri, crrri, crrri!... El grillo logra una milla de delantera ¡Hum, hum, hum-m-m!... el escalfador zumba trás él

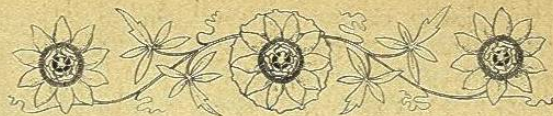
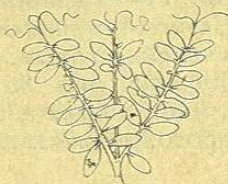


como una gruesa peonza. ¡Crrri, crrri, crrri!... el grillo dobla la esquina. ¡Hum, hum, hum-m-m!... el escalfador se le acerca cada vez más, está sobre sus talones; no hay que temer que suelte su presa. ¡Crrri, crrri, crrri!... El grillo está más floreciente que nunca. ¡Hum, hum, hum-m-m!... el escalfador va poco á poco, pero avanza sobre terre-

no firme. ¡Crrri, crrri, crrri!... el grillo va á triunfar. ¡Hum, hum, hum-m-m!... el escalfador no le dejará vencer. Hasta que escalfador y grillo se mezclaron y se confundieron de tal modo en el desorden y la precipitación de la carrera, que para decidir con algún acierto si el escalfador gritaba ó el grillo zumbaba, ó si, por el contrario, el grillo gritaba y el escalfador zumbaba, ó si ambos gritaban y zumbaban á la vez, se necesitaba mejor cabeza que la mía y quizá que la vuestra. Pero lo indudable es que el escalfador y el grillo, en un solo y único momento y por medio del poder de una combinación que únicamente ellos conocen, enviaron sus consoladoras canciones desde las cercanías del fuego á un rayo de luz que brillando á través de la ventana iba á hundirse en el fondo del tenebroso camino, y aquella luz, dando de lleno sobre cierta persona que en el mismo instante avanzaba por aquel lado entre la obscuridad, le explicó toda la cuestión en un abrir y cerrar de ojos (al pie de la letra) y le gritó:

— ¡Bienvenido seas á tu casa, antiguo compañero! ¡Bienvenido seas, muchacho!

Logrado este fin, el escalfador, vencido completamente, derramó furioso su contenido hirviente, y fué lanzado del fuego.



II

LA señora Peerybingle corrió inmediatamente á la puerta. El ruido de las ruedas de una carreta, el paso de un caballo, la voz de un hombre, las idas y venidas de un perro transportado de gozo, y la aparición tan sorprendente como misteriosa de un niño de mantillas causaban una confusión en medio de la cual era difícil entenderse.

De dónde venía el niño y cómo la señora Peerybingle le tomó en brazos en menos de un segundo, lo ignoro por completo; pero lo cierto es que se veía un niño sano y robusto en los brazos de la señora Peerybingle, que parecía estar no poco orgullosa de él, cuando fué suavemente conducida hacia el fuego por un hombre de robusta musculatura, de mucha mayor edad y estatura que ella, y obligado á encorvarse enteramente para abrazarla.

—¡Cielo santo, John! —dijo la señora Peerybingle, —¡en qué estado habéis llegado por causa del tiempo!—

Era innegable, en efecto, que el recién llegado había sufrido su acción. La bruma espesa colgaba de sus cejas en forma de gotas congeladas, semejando estalactitas, y la acción simultánea del fuego y de la humedad hacía aparecer verdaderos arco-iris hasta en las puntas de su bigote.

—Claro está,—respondió John lentamente desenvolviendo una manta que le rodeaba el cuello y calentándose las manos,—claro está, guapa moza, que no estamos precisamente en tiempos estivales. Así, pues, nada tiene de extraño lo ocurrido.

—Deseo, John, que os acostumbéis á no llamarme guapa moza; no me gusta semejante calificativo,—dijo mistress Peerybingle, haciendo una linda mueca que demostraba claramente todo lo contrario.

—¿Cómo queréis, pues, que os llame?—prosiguió John, dejando caer sobre ella una mirada acompañada de una sonrisa, y oprimiendo su talle con un abrazo tan ligero como podía serlo un abrazo de su enorme mano y su brazo de Hércules.—Mi guapa moza con su... No; no quiero decir su guapo mozo, por temor de echar á perder lo que tenía meditado; pero poco me ha faltado para hacer un chiste; no creo que nunca se me haya acercado tanto á los labios.—

Según sus afirmaciones, estaba frecuentemente próximo á decir algo muy ingenioso el alto, lento, macizo y honrado John; pero si tenía el cuerpo pesado, no dejaba de con-

servar un humor contento y ligero; si su superficie era ruda, no era menos suave en el fondo; si estaba embotado exteriormente, no cabe duda que su interior era vivo y ágil; en conjunto era algo torpe, ¡pero tan buen muchacho! ¡Madre naturaleza! Concede á tus hijos la verdadera poesía del corazón que se ocultaba en el pecho del pobre mandadero (porque dicho sea de paso, no era más que un mandadero), y no les seguiremos sin placer en sus conversaciones en vil prosa, lo mismo que en los episodios de su existencia también prosaica; ¡aun tendremos que darte las gracias por el solaz que experimentaremos en su compañía!

Daba gusto ver á Dot tan pequeña y con el niño en brazos, como una verdadera muñeca satisfecha, mirando el fuego con aspecto de coquetería soñadora, é inclinándose á un lado su delicada cabecita para hacerla descansar de un modo especial, en parte natural y en parte estudiado en el nido que se formaba, por cierto muy graciosamente, encima del rudo y elevado hombro del mandadero. Daba gusto verle á él con tierna torpeza, mientras se esforzaba en adaptar su grosero apoyo á las necesidades de la ligera mujercita, convirtiendo su virilidad ya madura en un bastón de juventud para la edad delicada de su gentil compañera. Daba gusto ver á Tilly Slowboy, la niñera bajita que en el fondo de la habitación esperaba que le entregasen el niño y contemplaba aquel grupo con pura mirada de catorce años, cómo permanecía allí con la boca y los ojazos abiertos, y la cabe-

za inclinada hacia adelante aspirando con avidez el aire sano de la vida de familia.

Y aún faltaba ver á John el mandadero, que á consecuencia de una señal que Dot le hizo á propósito del sobredicho niño, retuvo su mano en el momento de tocarle, como si hubiese temido destrozarle entre sus dedos, y con el cuerpo inclinado se contentó con examinarle atentamente á respetuosa distancia, con mezcla de orgullo y embarazo.

—¿Verdad que es hermoso, John? ¿Verdad que es encantador cuando está dormido?

—Encantador, ya lo creo,—dijo John,— y duerme casi siempre, ¿no es así?

—¡No, por Dios, John!

—¡Bah!—murmuró John con aire pensativo,—me había parecido que tenía casi siempre los ojos cerrados. ¡Eh, eh!

—¡Dios mío, John! ¡Qué modo de sacudir al pequeñuelo!

—¡Con qué facilidad pone los ojos en blanco!—dijo el mandadero asombrado.— ¡Mirad cómo guiña ambos ojos á la vez! Contemplad su boca; la abre y cierra como pez en bocal.

—No merecís ser padre, no, no lo merecís,—dijo Dot con toda la dignidad de una matrona llena de experiencia.—Pero ¿cómo podríais conocer los males que afligen á los niños, John? ¡Ni sus nombres sabéis, gran tonto!—

Y después de poner otra vez al niño sobre su brazo izquierdo y de darle una ligera palmada en la espalda, para colocarle mejor, pellizcó riendo la oreja de su marido.

—No,—respondió John quitándose el ropón— ciertamente, Dot, no tengo grandes conocimientos en asuntos semejantes. Lo que puedo asegurar es que esta tarde he sostenido con el viento una lucha bastante ruda. Soplabá el noroeste, y ha penetrado en mi carreta durante todo el camino, á mi regreso.

—¡Dios mío! ¡pobre John!—gritó mistress Peerybingle, que desplegó instantáneamente una actividad prodigiosa.—¡Aquí, Tilly! Tomad mi preciosísimo tesoro, mientras voy á hacer algo útil. ¡Cielo santo! ¡Creo que le ahogaría á fuerza de besarle! ¡Quieres irte, perrazo mío? ¡Quieres irte, Boxer? Dejad que empiece por hacer os el té, John; en seguida os ayudaré á arreglar los paquetes.

Como la abeja diligente,
como la abeja pequeñita...

y lo que sigue, como sabéis, John. ¿Aprendisteis en la escuela la canción: *Como la abeja diligente?*

—No lo suficiente para dominarla por completo,—respondió John.—Estuve una vez próximo á aprenderla toda, pero creo que no hubiera hecho más que estropearla.

—¡Já, já, já!—exclamó Dot riendo á carcajada suelta, y su risa era la más graciosa y alegre que pueda imaginarse.—¡Sois el más lindo badulaque del mundo entero!—

Sin discutir en manera alguna semejante aseveración, salió John de la estancia para ver si el mozo, que llevaba una linterna